

## Christine de Pisan, las Santas Escrituras y los autores clásicos: una interpretación singular

Rita RODRÍGUEZ VARELA

*Universidad de Valencia*

[rita.rodriguez@uv.es](mailto:rita.rodriguez@uv.es)

<https://orcid.org/0000-0003-2168-8636>

Jean Delumeau, en su obra *El miedo en Occidente* (1979), realiza un interesante recorrido por los diferentes elementos y figuras que han sido fuente de miedo en la cultura occidental, dedicando varias páginas a la mujer, identificada durante siglos como un agente de Satanás. Esta asociación entre la mujer y el mal presente en el imaginario colectivo puede verse reflejada en la mayoría de las grandes obras literarias, cuyos personajes femeninos provocan sentimientos que oscilan entre la atracción y el rechazo. Las causas de esta visión, en muchas ocasiones antagónica, beben de diversas fuentes, destacando, por un lado, la ignorancia absoluta sobre su biología y, por otro, la influencia de la religión y de las falsas creencias heredadas.

Desde la antigüedad hasta tiempos relativamente recientes, la fisiología de la mujer ha sido ocultada, ignorada o tratada desde una perspectiva mística. El flujo menstrual, las secreciones, el líquido amniótico y demás fluidos eran reducidos a la presencia de fuerzas impúdicas, hasta el extremo de aconsejar evitar a las mujeres durante la menstruación por su supuesto peligro y capacidad de transmisión de impurezas o de la obligación de efectuar un rito purificador tras dar a luz. Si bien a primera vista este miedo y desconocimiento hacia ella puede parecer arcaico, la realidad es que llega hasta los tiempos modernos. Incluso con la revolución del psicoanálisis del siglo XX, se ve limitada a un ser que anhela tener pene, lo que conlleva la aparición de un nuevo miedo: el temor a la castración.

En el contexto de la Edad Media, donde mejor se conjuga el desconocimiento y el misticismo es en el libro más difundido: la Biblia. A través de su lectura de las Santas Escrituras, padres de la iglesia y teólogos, como San Agustín, promueven esa imagen demoníaca de la que se debe huir. Cabe mencionar que los textos religiosos que describen a la mujer como un ser imperfecto, que no ha sido creado a imagen de Dios y que había llevado el pecado al Paraíso, estaban escritos en su mayoría por hombres que debían conservar el celibato y reprimir sus instintos

sexuales, por lo que esta constituye para ellos una fuerte tentación que evitar. La aparición del derecho canónico que prohíbe el matrimonio a los hombres de la Iglesia por considerarlo una concesión a las flaquezas humanas que los aleja de la perfección divina, aumenta la represión y la imagen del cuerpo femenino como fuente de tentación y pecado: «en una religión en la que la carne está maldita, la mujer aparece como la tentación más temible del demonio» (Beauvoir 2015: 162). Sin embargo, esta situación predominante encuentra una singular oposición gracias a la obra de Christine de Pisan, una mujer que como indica Thérèse Moreau, recorre la historia siendo «célèbre mais méconnue, illustre mais méprisée»<sup>1</sup> (2003: 14).

La vida y obra de esta autora suponen un hecho particular en la historia de la Edad Media, no solo porque se la considere como la primera escritora profesional, sino porque además sus escritos se dedican a desmontar, a través de la razón, todas esas falsas ideas asociadas a su género. Si bien su defensa de la mujer ha sido analizada en diversos estudios críticos, consideramos que su papel en el terreno de la interpretación y lectura de los textos religiosos todavía permanece menos conocido.

A lo largo de su carrera, Christine de Pisan demuestra que la asociación de conceptos como mujer, demonio, impureza y maldad no obedece a la verdad, sino a la interpretación que los hombres religiosos hacen de la Biblia. Por supuesto, la reivindicación de la autora no viene a eliminar la innegable existencia de numerosos pasajes que retratan a todo su género como pernicioso, basten como ejemplo las palabras presentes en el Antiguo Testamento que afirman que «toda malicia es poca junto a la malicia de la mujer» y aconsejan que «no te dejes llevar por belleza de mujer, por mujer no te apasionen. Blanco de ira, de deshonra y gran vergüenza, eso es la mujer que mantiene a su marido [...] Por la mujer fue el comienzo del pecado, y por causa de ella morimos todos» (Eclesiástico 25, 22-33). Sin embargo, manteniéndose dentro de los marcos y de los códigos de la época, Pisan es capaz de introducir una lectura y una perspectiva que hasta ese momento no se habían tomado en consideración. En cierta medida, es justamente en esa aparente conservación y aceptación de la tradición donde encuentra las herramientas para rebatirla, pues, de lo contrario, bajo un enfoque más radical, no habría conseguido ser respetada y sus objetivos habrían fracasado.

Entre las diferentes teorías sobre la mujer que deconstruye, este trabajo se propone profundizar en aquellas que se hayan incluidas en la Biblia. Asimismo, se tendrán en cuenta los usos que otros autores como San Agustín o Jean de Meun hacen de ellas. Estas últimas, en muchas ocasiones, han sido también influenciadas por las lecturas de autores

---

<sup>1</sup> «Famosa pero desconocida, ilustre pero despreciada» (se propone una traducción propia de las citas en francés para facilitar la lectura y comprensión del trabajo).

clásicos, como Ovidio, a los que la propia autora hace referencia. A través del análisis de obras como *La Epístola al dios del Amor* (1399), *La Ciudad de las Damas* (1404-1407) o las cartas intercambiadas en el conocido como *El debate sobre el Libro de la Rosa* (1401) se mostrarán los argumentos y estrategias literarias que emplea para rebatir el discurso religioso imperante en la época.

En *La Ciudad de las Damas* (1404), a través de los consejos de una de las tres damas que la visitan, Pisan inicia un primer movimiento de defensa muy relevante: derribar la creencia de que los hombres siempre poseen la razón. En la obra se expone cómo, en el terreno de las ideas, los pensadores están continuamente debatiendo, poniendo en entredicho a sus predecesores y contemporáneos o aportando nuevas perspectivas; esto demuestra, en primer lugar, la pluralidad de modos posibles de acercarse a una misma idea y, en segundo lugar, los errores en los que a menudo caen los hombres. Una vez descartada esta autoridad casi sagrada de la que goza el sexo masculino, la autora puede dedicarse a ejemplificar la correcta conducta de muchas mujeres, a denunciar las actitudes contrarias a la moral cristiana de muchos varones y, con ello, a desmontar las ideas erróneas y las malas interpretaciones del Evangelio.

El mito de la Creación es, sin duda, la primera fuente de la que beben las ideas sobre la subordinación de la mujer al hombre. La lectura más difundida sitúa al varón como el primer ser humano creado por Dios a su imagen y semejanza, y a la mujer hecha secundariamente a partir de una costilla del hombre. Sin embargo, la autora supera esta subordinación al no limitarse a la creación del cuerpo físico, mero caparazón, e ir a la esencia del sujeto en el terreno religioso: el alma. En su obra, explica que antes de la concreción de su obra en el cuerpo, la creación de Dios se inicia con la idea del espíritu, verdadera imagen divina:

Hay locos que creen, cuando oyen decir que Dios hizo al hombre a su imagen, que se trata del cuerpo físico. Nada más falso, ya que Dios aún no había tomado cuerpo humano. Al contrario, se trata del alma, reflejo de la imagen divina, y esta alma, en verdad, Dios la creó tan buena y noble, idéntica en el cuerpo de la mujer y del varón (Pisan 2001: 81).

Esta afirmación de la autora no solo matiza de forma contundente el relato fundacional hegemónico en la época, sino que además pone de relieve la banalidad subyacente en la interpretación de esos a los que denomina «locos», pues sitúan la importancia en el cuerpo y obvian el elemento divino en el que se mide verdaderamente la bondad o maldad de las personas: en su alma.

Frente a las palabras de escritores como Cicerón que afirman que el hombre que sirve a la mujer se envilece a causa de su inferior naturaleza, Christine de Pisan indica que la nobleza no viene predeterminada por

el sexo y que debe buscarse en las acciones: «El más grande es aquel o aquella que más méritos tiene. La superioridad o inferioridad de la gente no residen en su cuerpo, atendiendo a su sexo, sino en la perfección de sus hábitos y cualidades» (2001: 82). De ello se desprende que los herederos de Cicerón malinterpretan la palabra de Dios y, además, son malos cristianos, pues rigen su vida por la apariencia y no por la obra. Asimismo, la falsedad de la supuesta subordinación natural encuentra otro argumento de peso en el simbolismo de la costilla con la que Dios crea a la mujer, quien en la lectura de Pisan ya no se encuentra a los pies del hombre, inferior y sumisa, como se creía y difundía; y la vemos situarse a su lado, como a una igual, en su papel de compañera:

Quando quiso sacar a Adán del limo de la tierra en el campo de Damasco, así lo hizo y llevóle hasta el Paraíso Terrenal, que era y sigue siendo el sitio más hermoso de este mundo. Allí lo dejó dormido y formó el cuerpo de la mujer con una de sus costillas para significar que ella debía permanecer a su lado como su compañera, no estar a sus pies como una esclava, y que él habría de quererla como a su propia carne (Pisan 2001: 81).

Al eliminar la posición vertical entre los sexos, es decir, una posición de dominio y sumisión, se borra la desigualdad predeterminada al nacer y se propone una situación horizontal carente de sumisión, en la que «*homme et femme se disposent l'un à côté de l'autre; ils sont différents mais égaux*»<sup>2</sup> (Bahillo 2016: 70). Las teorías de Pisan se asientan en la idea de que el hombre ya no vive en su estado original, sino que ha sido corrompido por la cultura clerical. La influencia de los clérigos degrada al hombre y lo posiciona en contra de su compañera a través de enseñanzas que responden a una incorrecta interpretación del Evangelio. De hecho, para la autora, a causa de esta nociva influencia el hombre ya no se encuentra en su estado natural (Le Brun 2001: 57).

De la misma forma, habla sobre el relato del Pecado Original y de la expulsión del Paraíso, cuya culpable absoluta siempre ha sido Eva. En este caso, la autora no niega el error cometido al desobedecer la orden de no comer del árbol y dejarse engañar por la serpiente; sin embargo, propone la figura de la Virgen María como contrapeso lo suficientemente contundente como para que se deje de asociar el mal a la mujer. De hecho, llega a afirmar que Eva debería recibir un cierto agradecimiento pues, si no fuera por su fatal error, jamás se podría haber conocido una bondad tan elevada como la representada por María. Si Eva le niega al hombre el Paraíso, María lo sitúa en el cielo, a la derecha de Dios: «Es por mediación de la mujer por lo que el hombre accedió al reino de Dios [...] De no ser por esta falta, jamás se hubiera logrado esta unión del

---

<sup>2</sup> «hombre y mujer se dispone uno al lado del otro; son diferentes pero iguales».

hombre con la divinidad» (2001: 82). Nuevamente, Christine de Pisan demuestra comprender mejor la escritura que su predecesores y coetáneos al quitarle valor al estado del humano antes del pecado original, cuando solo debía limitarse a disfrutar de las bondades del paraíso en total inocencia, y otorgárselo a las personas que son capaces de trascender el estado de pecado a través de una vida llena de acciones dignas y nobles. Es en la demostración de la bondad en una situación adversa y compleja, donde es posible evidenciar la verdadera fe. En otra línea, al rastrear la imagen de la virgen María se hallan diferentes marcas del odio que muchos varones sentían hacia el cuerpo femenino. Mientras que en un principio el nacimiento de Cristo aparecía descrito con el parto de María en condiciones naturales, es decir, «entre sangre y desperdicios» (Beauvoir 2015: 257) por autores como Tertuliano o Jerónimo; pronto se descarta este relato y se afianza el propagado por San Ambrosio y San Agustín, los cuales abogan por el mantenimiento de María como una figura virginal, alejada de lo humano, esquivando con ello cualquier referencia a su biología natural: «la repugnancia del cristianismo ante el cuerpo femenino es tal, que acepta librar a su Dios a una muerte ignominiosa, pero le evita la mancha del nacimiento» (Beauvoir 2015: 257).

Este temor hacia su biología que la religión defiende bebe de fuentes muy antiguas. La propia Pisan aborda el caso del tratado *De secretis mulierum* en el que se expone la existencia de defectos en las funciones corporales de la mujer. La prohibición que el Papa realizó de su lectura a las mujeres es prueba suficiente para la autora de la carencia de credibilidad de sus argumentos y teorías: «sabía que si ellas lo leyeran u oyesen leer se percatarían de que sólo son disparates y se lo refutarían entre burlas» (2001: 80-81). Como indica Lemarchand, incluso en las imágenes presentes en *La Ciudad de las damas* Pisan se muestra orgullosa de su cuerpo femenino. En muchas miniaturas la observamos erguida, construyendo la ciudad con firmeza y tesón; rechazando con este gesto las ideas que condenaban a su género a permanecer siempre «reclinada, doblada, sometida, de rodillas y más pequeña que los augustos personajes, sus protectores y mecenas» (2001: 54).

Retomando el motivo de la mujer como causa del mal en la tierra, cabe señalar que está muy arraigado en la sociedad medieval pues, en realidad, es heredero de culturas anteriores como la griega, en la que se encuentra el conocido mito de Pandora. Tanto en las recopilaciones de Hesíodo, como en todas las obras de autores posteriores, incluyendo la propia Biblia, aparece siempre una proyección de la mujer como un ser que atrae y provoca temor a la par. Esta contradicción, lejos de alertar sobre su falta de realidad, parece acentuar y nutrir, paradójicamente, su aceptación como verdad absoluta; vendría a explicar por qué es tan peligrosa para los hombres. Esa atracción que provoca en ellos es la que los induce al pecado y estas creencias «parecen responder a sentimientos

muy hondos y universales del alma masculina, a juzgar por la frecuencia con que son objeto de tratamiento literario» (García Estébanez 1992: 75). En *La Ciudad de las damas* (1404), Pisan se refiere a la comparación que hace Catón de Útica de la mujer y una rosa, ambas de bella apariencia, pero peligrosas por contener la amenaza de sus espinas. La dama Razón en seguida da la vuelta a esa afirmación argumentando que esas peligrosas espinas no son para atacar a los hombres, sino para protegerse ellas mismas de la deshonra. La autora realiza un movimiento dialéctico muy inteligente al usar las palabras del político romano para trasladar a la mujer de su papel de agresora al de víctima de los hombres y, por ende, a estos en las verdaderas amenazas. Asimismo, cuando los llamados «difamadores» las acusan de ir a la Iglesia vestidas elegantemente con el único objetivo de seducirlos, es decir, se observa nuevamente la citada proyección del miedo y atracción hacia sus compañeras; Pisan se centra en las acciones reales que se observan en la sociedad. A menudo, se vale de la ejemplificación de escenas cotidianas que todos y todas pueden encontrar con facilidad para que sean sus propios ojos los que desacrediten las calumnias vertidas. La dama señala la pluralidad de mujeres de distintas edades y condiciones que están presentes en los lugares sagrados y añade su labor cuidando a los enfermos y a los pobres, prueba de su auténtica devoción cristiana.

En su *Epístola al dios del Amor* (1399), incide en el origen de las falsas creencias y calumnias. La interpretación misógina de la Biblia y el mal trato que reciben las mujeres es causado por la formación intelectual de los clérigos que se ve influenciada por obras como el *Arte de Amar* y los *Remedios del Amor* de Ovidio, en los que se aboga por una «degradación del objeto amado, para lo cual proponen evocar al enamorado los engaños y los vicios de la amiga, deformar sus cualidades, mostrarla sin sus afeites o en posturas donde muestre su fealdad, etc.» (Canet Vallés 2013: 6); así como por la segunda parte del célebre *Libro de la Rosa*, escrita por Jean de Meun, reacción ante la saturación del discurso cortés, basado en la adoración de la dama, que domina en la primera parte escrita por Guillaume de Lorris. Si bien suele pensarse en los mitos clásicos que ilustran a mujeres sabias y poderosas como Atenea, Antígona o las Amazonas, no se debe olvidar que este universo simbólico imperante en la actualidad es herencia del romanticismo alemán y que, como señala Escudero (2004), difiere de la interpretación medieval de los textos de Hesíodo, Sófocles, Eurípides, Ovidio o Herodoto. Estas composiciones, fuertemente alabadas y respetadas en la época, contienen una gran cantidad de calumnias y prejuicios contra la mujer que, al difundirse, penetran en el imaginario social y conforman la forma de pensarlas y concebirlas. La inexistencia de escritos que refuten ese argumentario dificulta una interpretación diversa, por lo que la autora, consciente de ello, dedica varias obras a cuestionarlos. Los retratos presentes en *La*

*ciudad de las damas* (1404) son el reverso de aquellos presentados por el clérigo Matheolus en sus *Lamentaciones* (1295-1301), en los que dibuja a la mujer como un ser pecador por naturaleza, fuente de maldad y contrario a la moral cristiana. Existe una referencia directa a esta obra al inicio, cuando Christine de Pisan rechaza proseguir su lectura por resultar «poco grato para quien no se complace en la falsedad» (2001: 63) y por su carencia de «cualidades morales, a la vista también de las groserías de estilo y argumentación» (2001: 63-64). En esta línea, todos los ejemplos de mujeres virtuosas que la autora saca a relucir tienen el objetivo de ofrecer una perspectiva diferente y constituyen, en cierta medida, una primera historia de las mujeres que deja como legado para el futuro: «elle s'est surtout préoccupée de réhabiliter les femmes du passé pour les lecteurs et les lectrices futures, ici elle est résolument tournée vers l'avenir» (Le Brun 2001: 62)<sup>3</sup>. Como explica Lemarchand (2001), a pesar de que toma como modelo el *Decamerón* (1351-1353) y *De claris mulieribus* (1362), en lo relativo al tratamiento de las figuras femeninas supera los argumentos del autor italiano, pues Boccaccio no puede evitar reproducir los tópicos de la *fin amor* y del *Dolce Stil Nuovo*, así como las doctrinas de la Iglesia. Boccaccio muestra personajes de naturaleza débil, mientras que la ciudad de Pisan es poblada y dirigida por ejemplos mitológicos, religiosos y paganos de rectitud y moral. Por otro lado, no se puede evitar señalar las similitudes entre el título de la autora y la *De civitate Dei*, compuesta entre los años 412 y 426, por San Agustín, uno de los teólogos más admirados y difundidos en la época. San Agustín es una de esas eminencias que en sus escritos insultan y desprecian a la mujer, por lo que nuevamente observamos cómo Christine de Pisan se vale de una referencia canónica para imponer una perspectiva moderna con apariencia de tradición. Justamente, la posibilidad de la autora de entrar en este debate social liderado por el clero se debe a su amplio conocimiento de los autores clásicos y cristianos que dictaban las ideas morales, sociales, filosóficas y políticas de la época. Al emplear sus mismas fuentes y códigos se sitúa como una voz poseedora de la misma autoridad intelectual, hecho que provocará la indignación de algunos de sus contemporáneos que en repetidas ocasiones intentarán minusvalorarla. En esta línea, es en las cartas intercambiadas en el denominado *Debate sobre el Libro de la Rosa* (1401), donde mejor se aprecia la visión imperante en la época y la nueva perspectiva que propone la autora.

Gontier Col, defensor de la obra de Jean de Meun, se refiere a los escritos de Pisan como «panfletos» y cuestiona que alguien como ella, es decir, una mujer, haya sido capaz de leer y comprender los libros que se citan en el debate. Tanto Gontier, como su hermano Pierre Col, reflejan

---

<sup>3</sup> «Ella está sobre todo preocupada por rehabilitar a las mujeres del pasado para los lectores y las lectoras futuras, aquí ella está totalmente orientada hacia el futuro».

en sus argumentos una interpretación de la religión y de la moral acorde con el pensamiento dominante en el momento. De hecho, a excepción de Jean Gerson, canciller de la Sorbonne, ningún autor apoyó públicamente a la autora. En contraposición, Christine de Pisan demuestra un amplio dominio de los códigos sociales y literarios, lo que le permite ir desmontando y reconstruyendo una lectura muy diferente de la que ofrecen el clérigo y el secretario del rey. Uno de los aspectos que más líneas ocupa del debate es el relativo a la posibilidad de escribir y pronunciar el nombre de los órganos sexuales. En varios pasajes, Jean de Meun los nombra y sus defensores argumentan que los problemas derivan de una lectura demasiado inocente e hipócrita de la autora, al tiempo que señalan que incluso en la Biblia son nombrados en varias ocasiones. Sin embargo, Pisan no cede en su oposición y se niega a quitarle importancia al tema. No es posible comparar el uso que las Santas Escrituras hacen de estas palabras con el de Jean de Meun, pues la intención es crucial en el empleo del lenguaje, de hecho, llega a afirmar que «le langage révèle la moral»<sup>4</sup> (Greene 2006: 232). Lo cierto es que, si a primera vista podría resultar una cuestión baladí, la autora es consciente del poder que tienen las obras literarias como difusoras de ideas en la cultura popular, así como de la dificultad interpretativa de una obra llena de alegorías. A su modo de ver, Meun intenta propagar el odio hacia la mujer y defender la promiscuidad bajo el disfraz de caricaturescos personajes. Asimismo, otro de los pasajes que ocupan la discusión, es el alegato del autor a favor del engaño a la mujer, pues «siempre vale más, bien señor, burlar que ser burlado» (1986: v. 4369-4372). La creencia de la existencia de maldad y engaño en todas las mujeres sin excepción, llevan a Christine de Pisan a cuestionar el tipo de compañías que el autor frecuenta, poniendo en entredicho con ello que se trate de un hombre tan virtuoso y afín a la moral cristiana como sus seguidores pretenden afirmar. En este sentido, en una de las cartas llega a aseverar que, con su alegato a favor del engaño, Jean de Meun ha renegado de su propio Dios, pues son palabras contrarias a la doctrina cristiana. Al igual que hace en *La Ciudad de las damas* (1404), la estrategia de la autora para rebatirlo es la citación de diversos ejemplos de mujeres virtuosas, de buena moral cristiana, que no solo no engañaban a sus maridos, sino que llevaban una vida ejemplar. Es importante indicar que Pisan en ningún momento niega la existencia de mujeres malas, de hecho, su creencia en la religión la lleva a condenar a todas aquellas que no sigan una vida recta, acorde a la moral; lo que la autora critica es la condena de todo el género femenino sin excepción, algo que no ocurre en el caso del género masculino, en el que se acepta la igual existencia de hombres buenos y hombres malos.

---

<sup>4</sup> «el lenguaje revela la moral».

Ya en la *Epístola del dios del Amor* (1399), se sacaba a relucir la injusta manera de juzgarlas:

Ahora, supongamos que haya algunas insensatas, / llenas de vicios de cualquier clase, / que no tienen fe, ni lealtad en el amor, / sino ligeras, inconstantes, infieles, / hinchadas de vanidad, perversamente crueles, / astutas, falsas y engañosas, / ¿por eso, debemos acaso encarcelar a todas, / tras sentencias que no se salva ninguna? (Pisan 2005: 185-192).

La visión que Jean de Meun plasma en la segunda parte del *Libro de la Rosa* (1275-1280) coincide con lo que se denomina misogamia, es decir, el odio al matrimonio. A partir del siglo XI, comienzan a proliferar los escritos irónicos contra la institución matrimonial que asocian la unión con una mujer al sufrimiento del hombre a causa de sus artimañas y perversidades. Esta actitud expresada por Jean de Meun se encontraba también presente en la obra de Matheolus anteriormente citada. En *El segundo sexo* (1949), Simone de Beauvoir reflexiona sobre la actitud del creador de las *Lamentaciones* hacia el matrimonio y la mujer. La filósofa explica su rechazo a la institución y su repulsa hacia el género femenino por la incongruencia que la Iglesia había instalado con sus leyes. El hecho de que lo convierta en sacramento sagrado, pero después se lo prohíba a los hombres de la Iglesia es una contradicción que fomenta la represión insana y conduce a actitudes de odio y misoginia. En el caso de Matheolus, el autor pierde su clerecía a causa de su unión con una mujer, lo que lo lleva a repudiar este sacramento que lo había condenado y a determinar que «no puede haber paz en el matrimonio; tiene que ser obra del demonio, o si no Dios no sabía lo que hacía» (Beauvoir 2015: 175). Esta revuelta del escritor que pone en tela de juicio los preceptos cristianos finaliza con la conclusión de que se trata de una especie de purgatorio en la tierra con el que los hombres, gracias a su sufrimiento y penurias, consiguen ganarse el cielo y convertirse en mártires. Lo cierto es que son muchas las obras que hablan del marido como de un ser penitente, que experimenta una vida de dolor, degradación moral y, en ocasiones, enfermedad. No obstante, Christine de Pisan acostumbra a no dejarse llevar por los prejuicios y por la visión imperante sin antes reflexionar y observar sus propias experiencias. En su matrimonio, encuentra la posibilidad de una unión sincera y dichosa, y así lo plasmará en varias composiciones líricas. Por este motivo, no puede evitar denunciar pasajes presentes en el *Libro de la Rosa* como aquel que reniega de la vida conyugal y que afirma que todas las mujeres

si todas sois, fuisteis o seréis/ putas por los hechos o por lo deseos, / y aunque se lograra impedir el hecho,/ nadie frenará esa inclinación, / porque la mujer es de tal carácter,/ que nadie podrá torcer sus deseos: /

son tan indomables, que no han de cambiar / ni mediante golpes ni mediante halagos (vv. 9155-9161).

A lo largo de las diversas cartas que intercambia en el *Debate*, se esfuerza en citar las referencias concretas en las que se encuentran los atentados de Jean de Meun contra el honor de las mujeres y de la vida religiosa, para evitar que los defensores del autor puedan utilizar sus palabras como mejor les convenga. Así, denuncia que se vean obligados a crear «una larga historia siempre para disculpar a tu buen amo» (2023: 125), ante la falta de buenas razones que lo disculpen, y señala la falta de honestidad con la que seleccionan sus citas: «citas varios pasajes de su discurso, pero también omites muchos, y recoges aquí y allá los pasajes que más te gustan. Y no tienes ganas de descuidar el bien que dice en medio del mal» (2023: 125). En el mismo sentido, se detiene ante las acusaciones que tachan a las mujeres de cotillas que se inventan y difunden mentiras para perjudicar a los hombres. En la primera carta dirigida a Gontier Col, se refiere como «pamplinas» a las palabras de Jean de Meun y niega que sus prejuicios se basen en algún hecho constatable: «yo ruego a todos aquellos que le dan crédito y juzgan estos hechos auténticos que me digan cuántos hombres han visto ser acusados, ejecutados, colgados o abucheados en la calle porque su mujer los había denunciado» (Pisan 2023: 37). Esta difusión de su fama de alcahuetas y difamadoras es utilizada por muchos autores para desacreditar el papel que desempeñan en las Sagradas Escrituras. Ante los argumentos que destacan el hecho de que Cristo se apareciera ante María Magdalena para transmitir su mensaje, en lugar de a un hombre, en seguida «los adversarios replican que si Cristo se les apareció en primer lugar a las mujeres es porque las sabía charlatanas y quería que su resurrección se conociera enseñuida» (Beauvoir 2015: 176). Christine de Pisan no deja pasar por alto esta falsa fama tan arraigada en la sociedad y, tras la exposición de sus argumentos en las cartas del debate, vuelve a referirse a ello en *La Ciudad de las damas* (1404). En esta ocasión, se muestra todavía más dura en su refutación y acusa a todos aquellos que insisten en la elección de una mujer por su «charlatanería» de necios, pecadores y blasfemos:

Haces bien llamando necios a los que cuentan esto porque no sólo difaman a las mujeres sino que blasfeman, pretendiendo que algo tan sagrado fue revelado gracias a un vicio. No sé cómo se atreven a atribuirle a Dios esa intención, porque no puede uno, ni siquiera en broma, burlarse de las cosas divinas (Pisan 2001: 85-86)

Tanto en sus cartas como en sus obras literarias, se observa que la autora no sucumbe a pesar de los ataques directos que recibe. En este

sentido, cuando Pierre Col insinúa su falta de inteligencia debida a su género femenino, Pisan reivindica su capacidad de estar a su altura y de rebatir cada uno de sus argumentos gracias al uso de la razón y a la fe:

¡Qué inteligencia oscura! ¡Qué conocimiento pervertido, cegado por el interés personal! Tú crees que el veneno doloroso puede proteger de la muerte, que una doctrina perversa es un ejemplo saludable, que una hiel amarga es una dulce miel, que una fea abominación es una belleza consoladora. Una simple mujer, por medio de la santa doctrina de la Iglesia, puede corregir tu error. Huye y evita la doctrina perversa que te puede llevar a la condena, doctrina que aborrecerás cuando Dios te haya iluminado con el verdadero conocimiento y cuando te vuelvas para mirar el peligroso camino por donde hayas pasado (Pisan 2023: 114).

Igualmente, dado que los clérigos tenían prohibido el matrimonio y el contacto sexual de cualquier tipo, Pisan aprovecha este hecho para cuestionar con ironía de dónde sacan información y experiencia para dedicar tantos textos a referirse a la naturaleza de la mujer. De hecho, no solo cuestiona su autoridad para hablar sobre este tema, sino también su rectitud y su acatamiento de las leyes cristianas, llegando a insinuar posibles desmanes en su *Epístola al dios del Amor* (1399). La autora parece plantear dos únicas opciones; o están hablando sin fundamento o tienen experiencias de origen cuestionable.

En esta misma línea, en muchas ocasiones, rebate las creencias que se propagan y aceptan como verdades absolutas –como sería el caso de la mujer débil y pecadora por naturaleza, a diferencia del hombre reflejo de Dios y buen cristiano– a través de ejemplos cotidianos que toda la población puede observar a su alrededor. Así, por ejemplo, desmonta el mito sobre la posesión de una naturaleza voluble e inconstante argumentando que, en realidad, las mujeres son mejores cristianas que los hombres pues, mientras que a ellos se les disculpan con más frecuencia sus faltas y pecados, ellas viven constantemente sometidas a un alto grado de vigilancia por parte de la sociedad:

Los hombres, que siempre proclaman su fuerza y coraje, caen en tamaños fallos y criminales errores no por ignorancia sino a sabiendas de que se equivocan, eso sí, siempre se buscan disculpas, diciendo que el error es humano. Ahora bien, que una mujer tenga el menor fallo –provocado, en general, por un abuso de poder por parte del hombre– ¡y ya están listos para acusarlas de inconstancia y ligereza! (2001: 208).

Si, por un lado, se vale de muchas figuras de autoridad para reivindicar su posición intelectual comparable a la de sus compañeros, por otro, desempeña un papel de educadora que puede llegar a diferentes capas de la población gracias a la referencia a su propia experiencia como

mujer. Cuando las mujeres son acusadas de poseer una biología inferior, Pisan observa su propio cuerpo y su propio talante para descartarlo. Ella misma actúa como un espejo en el que muchas se pueden ver reflejadas y obtener una imagen nueva de su naturaleza. Tras su fortaleza ante los ataques y su rotundidad en las sentencias y condenas, se encuentra una conciencia de sí misma que se ha ido labrando a lo largo de los años gracias al estudio y a la observación de sus vivencias. En sus obras, se refleja «un yo que encuentra en la lectura y en la escritura, en el trabajo y en la castidad una técnica, una herramienta que le permite ir forjando una identidad sólida a la vez que abierta y en constante proceso de realización» (Escudero 2004: 3).

A modo de conclusión cabe señalar que la toma de la palabra por parte de Christine de Pisan en un terreno como el religioso es, sin duda, innovador e, incluso, valiente. La autora rebate la opinión de clérigos y estudiosos de reputado renombre que ejercían una gran influencia en la época. Cabe recordar que, como señala Carrier Micheline (2003), hablamos de una etapa en la que Francia, al igual que el resto de países occidentales, era un país muy religioso y la iglesia se componía de personas doctrinarias y sectarias que dirigían, a través de todos los medios a su alcance, las opiniones de la población. Creían poseer la verdad absoluta sobre las Sagradas Escrituras y el buen emprendimiento de la vida cristiana y, en este sentido, la intromisión de la pluma de Christine de Pisan contradice su discurso.

Una de las claves del éxito de la autora reside en el planteamiento de sus críticas como una cuestión de interés común para la sociedad, y no solo para el beneficio privado de las mujeres. En sus obras involucra también a los hombres al apelar a su buen juicio y pedirles que rechacen esa visión falsa que algunos vierten y luchan junto a sus compañeras para que se respete su honor y se lleve una vida verdaderamente cristiana.

Es imprescindible tener en cuenta que el problema fundamental que plantea la Biblia es que ha sido escrita únicamente por autores masculinos, por lo que solo refleja su concepción del universo. En relación con esta cuestión, García Estébanez (1992) alerta de que esta obra no contiene ideas misóginas por la interpretación posterior de la sociedad, sino por su misma creación, pues «refleja los pensamientos patriarcales concebidos con anterioridad» (1992: 19). Toda la simbología y todos los mitos proyectados en sus páginas son una representación clara de los pensamientos, emociones y anhelos de la psique de los hombres, únicos autores; con lo cual «los relatos teogónicos y cosmogónicos son el lugar natural en el que se escenifica la relación entre lo masculino y lo femenino y en que se define la naturaleza de cada uno de ellos» (1992: 3-4). Esta realidad no implica que Christine de Pisan errara al llevar a cabo sus interpretaciones; al contrario, acentúa la valía de sus esfuerzos por ser capaz de encontrar herramientas de defensa de su género en un

campo viciado desde su misma concepción. La autora crea una fractura de la tradición desde dentro de la propia tradición, al igual que ya lo había realizado anteriormente en el campo de la lírica y de la expresión del amor cortés.

La obra de esta autora es, sin duda, una peculiar singularidad en la historia de la Edad Media y su aportación a la defensa de las mujeres a través de nuevas perspectivas que van deconstruyendo las teorías de la época es de un valor innegable.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUSTÍN DE HIPONIA, san (1985), *La ciudad de Dios*. Traducción de José Cayetano Díaz de Beyral. Barcelona: Orbis.
- BAHILLO SPHONIX-RUST, Emma (2016), «Christine de Pizan ou l'écriture au féminin au Moyen Âge», en María Cloria Ríos Guardiola (coord.), *Mujeres de letras: pioneras en el arte, el ensayismo y la educación*. Murcia: educarm publicaciones, pp. 67-77.
- BEAUVOIR, Simone de (2015), *El segundo sexo*. Traducción de Alicia Martorell. Valencia: Ediciones Cátedra.
- BOCCACCIO, Giovanni (1983), *Cuentos del Decamerón*. Traducción de Pilar Gómez Bedate. Barcelona: Orbis.
- BOCCACCIO, Giovanni (1994), *De las mujeres ilustres en romance*. Traducción de José Luis Canet. Valencia: Vicent García Editores.
- CANET VALLÉS, José Luis (2013), «Hacia la construcción de una mujer nueva en la época medieval: el dominio de las pasiones», en *La mujer en el imaginario medieval – Seminarios del Instituto de Estudios Medievales y Renacentistas (IEMYR)*, La Laguna, 28-29 noviembre de 2013, pp. 1-16. En línea: <<https://hdl.handle.net/10550/76944>> [consulta: 15/09/2023].
- CARRIER, Micheline (2003), «Christine de Pizan – au cœur d'une querelle antiféministe avant la lettre». En línea: <<http://sisyphe.org/spip.php?article562>> [consulta: 15/09/2023].
- DELUMEAU, Jean (2012), *El miedo en Occidente* [1978]. Madrid: Taurus.
- ESCUADERO, Jesús Adrián (2004), «Cristina de Pizán y la sinrazón de la misoginia», *Diálogo Filosófico*, 59, pp. 275-294.
- GARCÍA ESTÉBANEZ, Emilio (1992), *¿Es cristiano ser mujer? La condición servil de la mujer según la Biblia y la Iglesia*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- GREENE, Virginie (2006), *Le débat sur le Roman de la Rose*. Paris: Champion.
- LE BRUN-GOUANVIC, Claire (2001), «Christine de Pizan et l'édification de la cité éternelle», *Études françaises*, 37/1, pp. 51-65.
- LE FÈVRE DE RESSONS, Jehan (1905), *Les lamentations de Matheolus et le Livre de Leesce*. Paris: A.G. Van Hamel.
- LORRIS, Guillaume y MEUN, Jean (1986), *El Libro de la Rosa*. Traducción de C. A. y Julián Muela. Madrid: Siruela.

- MOREAU, Thérèse (2003), «Promenade en Féminine: Christine de Pizan, un imaginaire au féminin», *Nouvelles Questions Féministes*, 22, pp. 14-27.
- OVIDIO NASÓN, Publio (1989), *Amores, Arte de Amar, Sobre la cosmética del rostro femenino, Remedios contra el Amor*. Madrid: Editorial Gredos.
- PISAN, Christine de (2001), *La ciudad de las damas*. Traducción de Marie-José Lemarchand. Madrid: Siruela.
- PISAN, Christine de (2005), *La rosa y el príncipe. Voz poética y voz política en las Epístolas*. Selección y traducción por Marie-José Lemarchand. Madrid: Gredos.
- PISAN, Christine de; GERSON, Jean; COL, Gontier y COL, Pierre (2023), *El debate sobre el libro de la rosa*. Estudio y traducción por Rita Rodríguez Varela. Madrid: Dykinson.

Recibido: 17/09/2023

Aceptado: 6/11/2023



CHRISTINE DE PISAN, LAS SANTAS ESCRITURAS  
Y LOS AUTORES CLÁSICOS: UNA INTERPRETACIÓN SINGULAR

RESUMEN: El presente artículo explora la interpretación singular que Christine de Pisan, considerada la primera escritora profesional de la historia, realiza de una obra tan relevante en la Edad Media como es la Biblia. A través del estudio de *La Epístola al dios del Amor* (1399), las cartas intercambiadas en el conocido como *El debate sobre el Libro de la Rosa* (1401) y *La Ciudad de las Damas* (1404) se analizarán las estrategias y argumentos que la autora emplea para desmontar las lecturas difundidas por los hombres de la iglesia y ofrecer una nueva interpretación de mitos como el Génesis, el pecado original y la expulsión del Paraíso, la impureza presente en la biología femenina o su naturaleza débil y pecadora.

PALABRAS CLAVE: Autores clásicos. Biblia. Interpretación. Mito. *Querelle Roman de la Rose*. Religión.

CHRISTINE DE PISAN, THE HOLY SCRIPTURES  
AND THE CLASSICAL AUTHORS: A SINGULAR INTERPRETATION

ABSTRACT: The present article explores the interpretation that Christine de Pisan, considered the first professional writer in history, provides of the Bible, a highly relevant work in the Middle Ages. Through the study of *The Letter of the God of Love* (1399) the letter exchanged in *The Debate on the Romance of the Rose* (1401) and *The Book of the City of Ladies* (1404) we intent to analyze the strategies and arguments that the author employs to deconstruct the interpretations propagated by men of the church and to offer a new interpretation of myths such as Genesis, original sin, the expulsion from Paradise, the impurity present in female biology or their weak and sinful nature.

KEYWORDS: Classical authors. Bible. Interpretation. Myth. *Querelle Roman de la Rose*. Religion.